

ALMACEN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 9 DE ENERO DE 1845.

UNA ALCOBA.

(Continuacion.)

— Esta tambien era una condesa; pero en un tiempo en que tan francamente reinaban las condesas. ¿Para quién se habrá hecho ese retrato? ¿Seria al conde á quien sonreiria de esa manera? ¿Y ese ramo de rosas sin espinas que habia cogido? ¿Era emblema de una esperanza? ¿O ya el recuerdo que agita ese corazon?

Federico estaba haciendo estas sabias conjeturas, cuando se volvió de repente con cierta emocion.

— ¿Qué es eso? dijo entre sí acercándose á la puerta.

Escuchó sin respirar.

Habia oido abrir la puerta de hierro, y poco tardó en percibir en la del vestíbulo el ruido desagradable de una llave en la cerradura.

— ¡Diablo! dijo turbado retorciéndose el bigote, necesito un poco de filosofia.

Resolvióse á no ponerse en ridículo, y desempeñar bien su papel de comprador de casas, pero habiendo reconocido en una tos ligera que la importuna visita era una muger, tal vez Mme. de Verneuil, se metió entre las cortinas de la cama, sin poder resistir al placer de saber algo mas.

Apenas se hubo escondido, cuando Mme. de Verneuil levantó las cortinas de la puerta.

— Si está sola, pensó estremeciéndose, mi posición no es desesperada, pero ¿y si el dueño de la casa viene á recibirla? ¡Y si tienen muchas cosas que decirse!

Federico comprendió perfectamente que corria gran riesgo de pasar un cuarto de hora desagradable; sin embargo, tal era el imperio de su curiosidad, que no hubiera consentido en irse, aun cuando hubiera podido hacerlo sin ser visto.

Mme. de Verneuil entró en la alcoba con precaucion, como si hubiese temido despertar los ecos. Apenas hubo entrado se dejó caer en un sillón, careciendo de fuerzas para estar de pie.

— ¡Dios mio, dijo respirando, Dios mio!

Y miró á su alrededor con un aire de expansion, pareciendo que queria confesar á las paredes y á los muebles del aposento todo lo que hacia latir su corazón.

— Creia, añadió ella en voz baja, que jamas hubiera tenido fuerzas para llegar hasta aqui. Sin embargo, no es esta la primera vez que vengo.

Levantóse, desató la cinta del sombrero y acercándose á la cama, sin que Federico se atreviese ni á respirar ni á mirar, la condesa arrojó el sombrero sobre la colcha.

Adelantóse despues hácia la chimenea y se detuvo por contemplar el pastel, inclinada la cabeza como entregada á un recuerdo. Dió algunos pasos atras y de repente empezó á sollozar. De pie, inmóvil, con los brazos caidos, el semblante inclinado, estaba hermosa por el dolor; ella, que solo era considerada como una muger bonita con sus líneas algo imperfectas, sus gracias parisienses y sus ojos oscuros, mas seductores que dulces.

Déjase caer en el sillón llorando, y entregada á una tristeza sombría. Sus lágrimas corrian por sus mejillas y caian en su seno sin que se cuidase de detenerlas. Federico estaba enternecido de este cuadro triste y encantador, sintiendo no poder consolar á una muger tan digna de consuelo. Por otra parte, una muger llorando, dice el proverbio, tiene casi la belleza de los ángeles, y asi Federico no sentia ver lágrimas verdaderas.

— Sin embargo, dijo entre sí algo sorprendido, supongo que Mme. de Verneuil no ha venido aqui únicamente para llorar.

Preguntábase que lágrimas eran aquellas vertidas con tanta verdad, cuando un ligero ruido se dejó oír hácia la puerta. Federico no pudo impedir un movimiento, Mme. de Verneuil volvió la cabeza hácia la cama, y la puerta con una súbita inquietud. Levantóse palideciendo, pero un profundo silencio sucedió al ruido, y meneó la cabeza como para decirse: «no es nada.»

Entretanto Federico, á quien el dolor no cegaba, habia apercibido un hombre levantando la cortina de la puerta y mirando á hurtadillas, aunque le habia sido imposible distinguir las facciones del recién llegado, no obstante, observó que era jóven y elegante; y aun veia pasar por bajo de la cortina una bata guarnecida de una espuela de plata. La situacion se complicaba mucho. Federico empezaba á asustarse del secreto que iba, sin duda, á sorprender. ¿Qué iba á ocurrir? El se prometia estudiar en adelante al arte libre, convencido de que la ciencia sorprendida en el domicilio de otro lleva á veces demasiado lejos: pero en cuanto á aquel dia se decidió á no ponerse en ridículo, pensando que en caso de peligro siempre tendria tiempo para coger

un puñal ó un chafarote: precisamente habia una espada colgada sobre su cabeza. La curiosidad tiene sus peligros.

Mme. de Verneuil se habia acercado á un pequeño armario de madera de rosa de un gusto muy antiguo pero muy bonito, y sacó de su bolsa una llave casi imperceptible para abrirle.

— Ya se, dijo Federico; quiere sorprender los secretos de su amante.

Al abrir Mme. de Verneuil el armario, el recien llegado que estaba á la puerta de la alcoba entró con estrépito. Federico reconoció entonces al ginetete que habia castigado al galgo el dia antes.

Era este un hombre de alta estatura y de buena presencia, pero lo que llamaba la atencion á primera vista era un cierto aire de franqueza y decision que nada bueno presagiaba para las situaciones extremas.

Acercóse á Mme. de Verneuil, que se volvió asustada.

— Señora...

— ¡Cielos! exclamó ella cayendo de rodillas.

— Señora, rogad á Dios que me dé valor para mataros.

— ¡Matarme! ¿qué decís? ¿matarme? ¡Ah! ¡Dios mio!

Y levantó los brazos con un profundo dolor.

— ¿Qué cosa mejor podeis esperar tanto para vos como para mí?

— Pero os han engañado.

— ¡Os atreveis á decirlo en alta voz! Ojalá me hubiese engañado. Al principio no quise dar crédito á mis ojos, ayer os seguí, ayer vinisteis á esta alcoba... hoy...

— Señor, tendré la dignidad de no defenderme; matadme si me creeis culpable.

— ¡Culpable! imagino que os burlais de mí. ¡Qué! os sorprendo en la alcoba de vuestro amante, abriendo sus armarios, dejando vuestro sombrero sobre la cama.

Federico á pesar de su valor y decision se estremeció.

— ¡Ah! ¡señora! ¡señora! continuó Mr. de Verneuil con rabia y con aire de desprecio.

— ¡Caballero! no me juzgueis, ni una palabra mas; si supiérais por qué.....

Mr. de Verneuil, porque era él, rechazó bruscamente á su muger que se torcia las manos.

— Ni una palabra mas, enhorabuena, dijo bajándose para mirar en el armario; pero aquí encontraré sin duda lo suficiente para condenaros.

— ¡Condenarme!

— Mr. de Verneuil habia visto cartas en el armario, y tomó la primera que vió con avidez. Antes de abrirla reconoció que no estaba escrita para la condesa; pero como la letra era de muger, quiso saber á quién podia estar dirigida; pero el sobre no existia y era uno de esos infinitos billetes que escriben diariamente esas locas bellezas que disipan tan alegremente su juventud en el dia de mañana. Billetes encantadores, pero en el que á menudo no hay mas sentimiento y verdad que ortografía.

Mr. de Verneuil arrojó á los pies esta carta, y la condesa aterrada, desfallecida, aturdida, no se atrevia á hacer el menor movimiento.

— ¡Ved señora, ved esa carta! en ella reconocereis los sentimientos de una rival digna de vos; porque imagino que los celos son los que os han conducido aquí.

Apénas habia acabado el conde estas palabras, cuando cogió siete ú ocho cartas atadas con una cinta blanca. Esta vez reconoció la letra de su muger, y su cólera no conoció límites; tomando la mano de su muger la magulló entre las suyas, y esta dió un grito y cayó de espaldas.

Federico no queria ser, como de costumbre mas que simple espectador, pero no pudo reprimir un movimiento generoso que lo llevó de un salto delante de Mr. de Verneuil, ya armado de un puñal. El se admiró tanto de encontrarse en medio de esta tragi-comedia como el mismo conde y la condesa de Verneuil al verlo aparecer en aquel terrible momento, como un juez, como un amante, como un ladron.

Federico no queria asistir á la comedia humana sino como simple espectador, apénas salia entre bastidores en sus dias de ardiente ansiedad; pero en esta ocasion se vió obligado á aparecer en la escena para representar un papel de buen ó mal grado.

Como era ante todo hombre de corazon, se presentó bien en esta grave circunstancia. El conde le dirigió miradas furiosas y la condesa estaba cada vez mas sorprendida y asustada.

— Me parece, dijo al marido, que ante todo debiais oír las esplicaciones.....

— En verdad, caballero, le contestó Mr. de Verneuil con desden y conteniendo apénas su cólera y sus celos, que hubiérais podido dispensaros de aparecer aquí; no soy de esos que aguantan fanfarronadas.

— Pero, caballero....

— Silencio, os suplico; sé lo que queria saber.

— Mr. de Verneuil miró á su muger.

— Se atrevia á defenderse cuando su amante estaba escondido entre las cortinas de la cama....

— La condesa se levantó con la ligereza de un gamo herido.

— ¿Qué habeis dicho?... ¡Oh!... me costará la vida.

— Pocas mueren y muchas viven, contestó el conde rechazando las manos de su muger.

— ¡Ay! dijo dejando caer su cabeza con desesperacion, la burla despues del desprecio! ¿Qué he hecho? ¿dónde estoy?

— Os lo repito, señora, ¡estais con vuestro amante!

— Caballero, dijo Federico, que iba sin cesar del marido á la muger sin casi saber que decir para calmar los celos del conde de Verneuil ni qué hacer para justificar y salvar á la condesa.... caballero, condenais demasiado pronto, pensad....

— Yo no soy un marido ridiculo; hace poco quise matar á esta muger, os habeis mostrado y basta. ¿Vuestro nombre? Federico de Marvillers dió una targeta al conde.

— Eso es, dijo el conde entre dientes, un libertino.

Mr. de Verneuil se dirigió á la puerta; su muger se levantó y corrió hácia él.

— ¡Por piedad! voy á contarle todo; la condesa se agarró al brazo de su marido, añadiendo: = No, no, no me abandonareis!

— Señora, sola habeis venido aquí, sin mí os podeis ir.

Y rechazando á la jóven con violencia, se marchó como un hombre que ha perdido la cabeza, miéntras que Mme. de Verneuil cayó desmayada en el umbral de la puerta y Federico se arrodilló para socorrerla.

Antes de volver á la condesa de Verneuil y á Federico de Marvillers, cuya situacion era á la vez tan grave y tan cómica, vamos á decir como una de esas casualidades que levantan siempre el velo en la gran ciudad misteriosa, habia descubierto el paseo matutino de Mme. de Verneuil.

El conde debia asistir á un almuerzo en casa de Tortoni. Al pasar por la Magdalena con un amigo, el marques de Verviers, que se reunió á ellos, miró al conde con sorpresa y dijo aturdidamente:

— ¡Es admirable! no te creia del desayuno.

— ¿Por qué?

— Porque ahora poco al volver de la escuela militar, á donde me habia llamado el general, he encontrado á tu berlina que atravesaba el Campo de Marte; á lo ménos he creido reconocer el fiero porte de tus grandes diablos de caballos.

— Sí, sí, dijo el conde tirando su cigarro, mi carruaje ha debido pasar por allí hace poco. Pero añadió riendo con bastante naturalidad para un hombre que no tenia ganas de reir, yo no voy siempre en mi carruaje.

Entretanto el conde fué á almorzar con sus amigos; pero una hora despues se separó repentinamente de ellos, se dirigió á su casa.

— ¿La señora ha vuelto? preguntó al ayuda de cámara.

Contestáronle que hacia poco que habia salido; montó á caballo y se dirigió al Campo de Marte no esperando casi encontrar las huellas de su carruaje. Sin embargo como los carruages elegantes no pasan á menudo por el Campo de Marte, podia obtener noticias ciertas; en efecto tuvo la suerte de encontrar á tres ó cuatro inválidos que le condujeron con sus informes al camino de Anteuil. A fuerza de pesquisas é indagaciones, llegó ante la casita de campo, pero demasiado tarde para sorprender á Mme. de Verneuil. No habrá olvidado el lector su cólera al ver á Federico, porque ya sabemos que era Mr. de Verneuil el que la víspera habia pegado con tanta crueldad á su indócil galgo.

Aquella misma noche en un saloncito de la habitacion de Mme. de Verneuil, la condesa, reflexiva y con un libro en la mano no pensaba en pedir luz, aunque hacia media hora que la falta de ella no le permitia leer. El conde que entró de puntillas, le preguntó qué era lo que estaba leyendo con tanta atencion.

— ¡Ah! dijo ella estremeciéndose, casi me habeis asustado.

— Blanca, cerrad vuestro libro y explicadme por qué hace dos dias estais tan singularmente melancólica.

Mme. de Verneuil se sonrojó y cerró repentinamente el libro. El conde habia fijado en ella una mirada escrutadora; y aunque la oscuridad era bastante profunda observó el sonrojo de su muger.

— ¡Qué! no contestais.

Diciendo esto tomó la mano de su muger.

— Es porque estoy buscando la causa, contestó ella lentamente, por qué estoy así.

— ¡Vamos! os escucho.

— ¿Quién sabe, dijo ella con emocion, si yo misma la sé?

— Blanca, pensad que soy quien os habla. Imagino que no será la novela que teneis en la mano la que os entristece así.

— ¿Quién os lo ha dicho? ¿no sabéis que la imaginación que se escita con una novela tiene á veces una gran influencia sobre el corazón?

— ¡Novelas! ¡novelas! ¡jamás las leéis!

— Confieso que la casualidad me ha proporcionado esta. Vuestra tía la dejó ayer en la sala.

— Una vieja loca que nada siente ya y que trata de engañarse; que se cree Indiana, Valentina, Genoveva, Juana ¿qué se yo? Pero no se trata de novelas, veamos, Blanca, abridme vuestro corazón.

El conde no había dejado la mano de su muger y la llevó lentamente á sus labios. Entónces la condesa apoyó su frente en el hombro de su marido, tal vez con la resolución de confiarle un secreto, tal vez con la de mentir. ¿Cuál es la muger entre las mas virtuosas, que no ha conocido alguna vez los escusados senderos de la mentira? pero un lacayo trajo dos candeleros y los puso sobre la chimenea, esta luz inesperada cambió de repente las disposiciones de la condesa que nada encontró que decir, sino que estaba triste sin saber por qué.

Lo que quizás sea mas difícil de comprender es el sentimiento delicado que cambió tambien las disposiciones indiscretas del conde, que no se atrevió á preguntar á su muger á la luz, temiendo sin duda que volviera á sonrojarse. Levantóse, pues, y empezó á pasearse en silencio. Madame de Verneuil observó á hurtadillas la inquietud de su marido. Sin embargo, para tranquilizarse, se dijo en voz baja que había almorzado con sus amigos en casa de Tortoni.

— Vamos, dijo de pronto Mme. de Verneuil á su marido, vos os habeis tambien vuelto melancólico.

— No es nada, contestó él; sin duda como vos tengo una tristeza sin causa.

Mr. de Verneuil estaba tan seguro del corazón de su muger, que no podía decidirse á creerla culpable. Sabia por un trabajador que una señora había bajado de su carruaje en Anteuil, que había andado sola por medio del campo, que había entrado en la casita; ¿pero era ciertamente Mme. de Verneuil.

— Es para perder la cabeza, dijo dando una patada, pero no quiero interrogar á Blanca; esperaré.

Ahora bien, Mme. de Verneuil no le dijo una palabra en toda la noche, solo al separarse le tendió la mano y le dió las buenas noches con voz conmovida.

A la mañana siguiente, despues de una noche en estremo agitada, Mr. de Verneuil se decidió á seguir á su muger y la sorprendió, como hemos visto, en esta alcoba

Volvamos á la condesa y á Federico de Marvillers.

Nuestro héroe se había arrodillado para socorrer á Mme. de Verneuil desmayada. Habíala tomado las manos con esa brusca familiaridad que autorizaba el estado de la condesa, y despues levantándola apoyó su cabeza en un cogen, habiendo en seguida abierto las ventanas; la luz del día y la frescura penetrante del jardín reanimaron á la condesa, y levantándose de repente pareció buscar á alguien con los ojos. Despues quiso salir, pero no tuvo fuerzas para dar un paso, y hubiera caído en el suelo á no haberse sostenido en la cortina de la puerta.

Federico volvió á su lado.

— Caballero, me explicareis...
 — Señora, escusad mi presencia aquí; pero no hay tiempo que perder; es menester impedir que venga, porque si vuestro marido...

— ¿Qué quereis decir? ¿de quién hablais?

— Vamos, señora, no os ofendais; he visto otros muchos casos semejantes.

Mme. de Verneuil levantó la cabeza con agitacion y dignidad diciendo:

— No os comprendo; ¿de quién hablais?

— Mejor lo sabeis que yo; vais á perderlo todo queriendo fingir. ¿Ha venido? ¿Se ha marchado? ¿Lo esperais?

— Pero os repito, caballero, olvidais...

— Pensad, señora, que es menester que no se encuentre con vuestro marido.

— Pero no espero aquí á nadie, y me admira veros.

— Señora, demasiado bien comprendo vuestra admiracion; pero supuesto que he asistido sin querer á todo esto, permitidme que os sirva. ¿Dónde está? Es menester que vaya á decirle lo que pasa.

— Yo imagino que no sabeis con quién hablais. Tal vez os habreis encontrado aquí el año pasado cuando venian comediantas y otras mugeres de esa especie.

— ¿Para qué fingir todavía? Estamos convenidos en que sois el candor en toda su gracia primitiva. No lo dudo, pero es menester, no obstante avisarle de este sério peligro que amenaza la vida de dos hombres de corazon; porque no os hagais ilusiones, vuestro marido lo mataria.

— ¿A quién?

— A él.

— Pero ¿en fin?

— A vuestro amante.

Mme. de Verneuil se estremeció de indignacion.

— ¿Estoy soñando? ¿estoy loca?

Y fué á caer abatida en un sillón. Federico, no comprendiendo nada de esto, se paseó lleno de agitacion, no sabiendo qué hacer, ni qué decir.

— Es muy extraño, pensaba, mirando á Mme. de Verneuil á hurtadillas; al ver esta muger se la creeria la mas pura de todas. ¿Quién sabe? Esta sorpresa no es tal vez fingida; á su edad no son tan profundamente actrices. Aquí hay algun misterio oculto, que ni el marido ni yo hemos podido adivinar.

Entonces oyó sollozar á Mme. de Verneuil.

— Si, sí, añadió, me he engañado; he juzgado como todos los jueces del mundo, sin entender y sin comprender.

Al pronunciar estas palabras se detuvo sorprendido para escuchar á la condesa que decia en voz baja: *¿Gaston! ¿Gaston! ¿á dónde me habeis conducido?*

— ¡Ah! ¿ese es, pues, el nombre del amante! ¿qué simple era en creer que vendria aqui como á la iglesia! Decididamente es menester desesperar de las mugeres.

Y volviéndose hácia la condesa añadió:

— Bien, señora, ¿se llama Gaston? ¿Por qué os hace esperar tanto?

A esta pregunta irónica, pero atroz para la condesa, la pobre muger lanzó un grito terrible y ocultó su cabeza entre sus manos, como si hubiera temido una aparicion.

— Porque, continuó Federico que esperaba en fin saber algo, ayer vinisteis á esperarlo, ántes de ayer tambien.

— Caballero; caballero, por piedad respetad mi dolor. Si las lágrimas de una muger son una súplica que os conmueve, id en busca de mi marido, hacéd que vuelva, porque no quiero salir sin él de esta alcoba.

A pesar de todo el atractivo que encontraba Federico en estudiar este enigma en la fisonomía; en las palabras de madame de Verneuil, se apresuró á decirle que tenia un placer en obedecer sus órdenes.

— En efecto, señora, es menester que vuestro marido vuelva aquí. Las cosas no son nunca tan desesperadas, que no puedan entenderse las personas bien nacidas.

E inclinándose profundamente; salió al instante, sin saber á donde encontrar á Mr. de Verneuil.

— Sin embargo, se decia, estoy seguro que el conde no habrá podido decidirse á alejarse mucho, porque aunque sea uno marido y esté uno furioso, siempre existen los celos que os encadenan para descubrirlo y para verlo todo.

Fuése, pues, derecho al bosque, imaginándose que el conde se habria detenido en la primera avenida para no perder enteramente de vista la puerta de la casita de campo.

En efecto, el conde se habia detenido lleno de agitacion en las inmediaciones de la casa.

Mientras que Federico lo buscaba, volvió de repente á ella dejándose llevar de una inspiracion generosa. Cuando entró en la alcoba, Mme. de Verneuil prorumpia en sollozos, entregada á una violenta desesperacion. Al verlo se calló y recobró la dignidad de la tranquilidad.

— ¿Qué importa? dijo ella entre sí, á todo estoy resignada, porque he ofendido á mi corazon.

Mr. de Verneuil se dirigió á su muger, le tomó las manos, la estrechó contra su pecho y le dió un beso en la frente.

La condesa levantó los ojos en silencio, sin parecer comprender lo que pasaba.

— Blanca, perdonad mis injurias: estaba fuera de mí; no podeis ser culpable, es imposible; os conozco!

— ¡Alabado sea Dios! dijo la condesa dejándose caer en los brazos de su marido; me juzgais ántes de oirme, nuestra dicha se ha salvado. Pero todo os lo diré.

Abrazáronse con ternura los esposos; orgullosos de encontrarse digno uno de otro.

Federico los sorprendió en este estado, que fué para él un nuevo incidente que no esplicaba los demas; é inclinóse respetuosamente. Al ver á Federico, el conde no pudo disimular una cierta espresion de despecho.

— ¡Otra vez!, dijo, sintiendo renacer su cólera tan bien aplacada con las lágrimas de alegría y las caricias de su muger.

— Ya veo, dijo Federico, que solo me resta marcharme. Hace poco, señora, hubiera podido felicitar me de haberos conocido por una singular casualidad que podia permitirme serviros. Ahora que el enredo está descubierto en gloria vuestra, me retiro, atreviéndome á esperar que perdonareis mi importuna presencia. Siento verdaderamente infinito haber sorprendido un secreto del que ciertamente no abusaré, porque quiero olvidar al salir que he estado aqui. Sin embargo, es mi deber explicaros mi presencia en este lugar.

Diciendo estas palabras, Federico se dirigia á Mme. de Verneuil.

— Tal vez no habreis observado que esta casa está de venta; debo confesa-

ros que solo he pedido verla con la esperanza de encontrar en ella algo de extraordinario, porque me habia seducido por cierto aire de misterio que le habia notado. Sin duda no me esperaba este extraño encuentro, creia que la casa estaba desierta y queria ver los lugares y no las personas que venian á ellos. Perdonad, pues, á un filósofo que es algo curioso; gracias á Dios mi curiosidad es discreta y podeis contar con mi silencio.

Federido se inclinó para salir.

— Un momento, caballero, dijo Mme. de Verneuil; quedaos, os suplico; es menester que sepais por qué he venido aquí; mi deber lo exige.

— Señora, confesaré, dijo Federico, sonriendo, que no será menester detenerme por fuerza.

— Pues bien, vais á tener esta esplicacion; ahora que he perdonado un movimiento ciego á un corazon que sufría y se volvió cruel...

Mr. de Verneuil hizo un movimiento de impaciencia, y enviaba al diablo al filósofo curioso que habia presenciado una escena conyugal, y que por su posicion se encontraba casi con tanto derecho como él á escuchar lo que su muger iba á decir. No tenia ya celos de un amante, sino de un extraño que se enteraba de esa manera de los misterios del interior de su casa, de un extraño ante quien su muger iba á abrir su corazon. ¿Qué importa? se dijo Mr. de Verneuil, es menester aceptar los caprichos de la suerte.

Viendo que su marido estaba inquieto y pensativo, madame de Verneuil se interrumpió.

— ¡Ay! añadió tristemente, ¿por qué no me he atrevido á deciros esto hace dos dias? nos habiéramos ahorrado muchas horas de tormento: pero hé aquí lo que ha pasado.

Federico se sentó con mucha comodidad en un sillón; la condesa, fatigada con tantas emociones se habia sentado tambien junto al armario donde su marido habia arrojado de nuevo sus cartas, y Mr. de Verneuil se contentó con apoyarse en la chimenea.

La ventana habia quedado abierta y el sol pasando á través de un almenadro esparcia en la alfombra sus rayos partidos. Aquella alcoba, poco ántes tan triste y sombría, habia tomado de repente un aire de alegría dulce y encantadora.

— Pero, decia entre sí Federico mirando á Mme. de Verneuil que iba á hablar; ¿qué dirá? A menos que no sea un juego de recien casados que quieren divertirse, á ménos que ya no tenga algun acceso de locura, aqui hay algo de inexplicable. Este marido que de repente vuelve á estar enamorado de su muger, ¿no sabe que vino ayer sola aquí mismo? ¿y que ya la víspera se detuvo á la puerta sin atreverse á ir mas lejos? ¿Y ese nombre de Gaston? ¿Y aquella rosa cogida con mano trémula, es decir, culpable? ¿Y esas lágrimas que juzgué á la vez dulces y amargas? ¿Y esa carta que leian á la sombra con tanta emocion? Hé aquí, segun me parece, cargos terribles; pero al fin voy á saberlo todo, porque hasta ahora nada sé.

V.

Mme. de Verneuil habló en estos términos: «Lo que hay mas triste es que no puedo deciros esto en dos palabras; Dios mio! sin embargo, es muy sencillo. En fin, tened paciencia, puesto que es menester contarle todo, nada callaré.

«Hace tres años, que Mr. Gaston de Avrigny...

A este nombre Mr. de Verneuil levantó la cabeza con atención, y su mujer lo miró sin turbarse.

«Hace tres años, repitió ella con voz tranquila, que monsieur Gaston de Avrigny vino á pasar el otoño en la mansion de mi padre. Era primo mio, nos conocíamos hacia mucho tiempo, bien lo sabeis, Mr. de Verneuil. En la infancia habíamos estado en las mismas fiestas, habíamos cogido juntos las flores del parque. Gaston venia á casa de mi padre á pasar la estacion de la caza, porque no tenia ocupacion, con muy poca fortuna y ninguna profesion, y le gustaba mucho no hacer nada; es decir, pasearse á caballo, cazar, correr el mundo como un hijo pródigo de buena casa; ¡si aun se hubiese contentado con esos placeres en casa de mi padre! ¿pero lo creereis? se enamoró de mí.»

Un rayo de celos brilló en los ojos de Mr. de Verneuil.

«No os ofendais, nada podia hacer en esto, y estaba ademas muy léjos de saberlo.

«El habia leído las novelas modernas y hablaba sin cesar de pasiones furiosas, profundas, fatales; yo nada comprendia de todos estos discursos, pidiendo únicamente á Dios con toda la sencillez de mi corazón un marido que me amase dulcemente, y una vida doméstica, tranquila y sosegada como la que he encontrado... yo decia constantemente á Gaston que él perdía el juicio, que aquellas frases eran dignas de una casa de locos. Al oirlo, necesitaba un amor lleno de borrascas y tempestades. Cualquiera que hubiera creído sus palabras se habiese imaginado que tenia en el corazón el vesubio ó el infierno. Mas celoso que Otelo, juraba destruir el género humano por una mera ojeada; en fin no podré daros una idea de todas las locuras de que se habia hecho, por decirlo así, una comitiva. ¡Pobre muchacho! los novelistas han perdido á otros muchos. Yo le habia conocido otras veces sencillo, cándido, franco, amable sin saberlo, y lo hallé, á mi pesar, triste, meditabundo, fatal, Manfredo ó Ravensewood.

«Me parece que lo veo atravesando el parque orgullosamente envuelto en su capa como un enamorado castellano que espera la hora de la cita. Para él no habia mas cita que la de la luna, porque segun he podido adivinar, á la luna era á quien confiaba las tormentas de su corazón. No me rio, ¡Dios mio! pero supuesto que hablo de él, ¿no es menester que lo pinte tal cual era?

«La primera vez que me declaró su amor, fué en un paseo arqueológico que hicimos á caballo, á pie, y en *Charabanes* con todas las personas de la casa. Gaston iba á caballo complaciéndose en arrostrar los peligros ó mas bien en crearlos, porque para un ginete razonable el camino era bueno; algunas zanjas que saltar, algunos senderos escarpados, un riachuelo que pasar en un barco, en fin, un camino como tantos otros. Yo tambien iba á caballo, muy orgullosa de mi vestido de montar, y muy feliz con mis diez y ocho años, y con el cielo que coronaba mi cabeza.

«Estábamos en la montaña y yo seguia la vereda, escuchando el canto del mirlo, cuando de repente mi extravagante primo pone á su caballo en la vertiente para caminar á mi lado. = Gaston, no sabeis lo que haceis, tened cuidado! = No temais nada, me contestó conteniendo con dificultad á su caballo que se encabritaba. Soy fatalista, hermosa prima; ademas, añadió inclinándose hácia mí, ¿no seria muy dulce morir aquí, á vuestros ojos, en un dia tan bello? = He ahí, le dije sonriendo, por qué estaba muy lejos de to-

mar seriamente una idea que solo podia venir de vos = ¡ Ah! prima mia, dijo él animándose, si supierais lo que os amo! = No lo dudo; hace 18 años que lo sé. = ¡ Ay! prima, no os amo ya como un niño: es una ocupacion que me matará, creedlo! Si no esperase enterneceros algun dia, precipitaria al momento mi caballo por estas rocas.... = Yo me asusté del tono de buena fe con que pronunció estas palabras. Un momento ántes hubiera soltado una carcajada; entónces no me atreví ni á reir ni á contestar.

— Pensadlo bien, añadió con desesperacion, la primera palabra que me digais me hará vivir ó morir! Desde hace cinco semanas he combatido contra mi corazon sin vencerlo. Siempre estais en él... ¡ Por mas que cerraba los ojos!... ¿ Se pueden cerrar los del alma? = Escuchadme, primo, yo no estoy como vos en las regiones poéticas del imposible; ya hablaremos de eso otra vez; pero entre tanto tened cuidado no os caigais. = Cruel, exclamó levantando los ojos al cielo, yo lloro y vos reis; algun dia seré vengado; vos amareis y entónces no os comprenderán, porque solo allá arriba se encuentran almas verdaderamente simpáticas. En fin, continuó tomándose una mano, que no le dejé un segundo, es menester no desesperar de nada.

« Una cerca de arbustos que se encontraba en el borde del sendero nos separó entónces con grande alegría mia, y durante el resto del paseo me arreglé tan bien que no nos hallamos nunca solos.

« A la noche, estaba en mi cuarto algo pensativa por la locura de mi primo, cuando mi aya me entregó un billete diciéndome que Gaston se marchaba, y que me suplicaba que leyese aquellos renglones y contestase dos palabras. He olvidado todas las frases singulares, raras y extravagantes que me escribia. Yo era un ángel; esperaba de mi la vida y la razon, porque confesaba con humildad que la violenta pasion que yo le habia inspirado, estraviaba su juicio.

« Mi primera intencion fué devolver la carta sin leerla, despues advertir á mi padre; mas luego, temiendo armar ruido por nada, como estaba segura de que el bello estilo de mi primo no cambiaria en manera alguna mis sentimientos hácia él, me determiné á leer sencillamente su carta. Despues de haberlo hecho, hallé que no tenia otra casa que hacer sino curar á Gaston de su loca pasion con palabras de hermana, y le escribí, sin duda fué mal hecho, pero no preveia ningun peligro en hacer una buena accion.

« Le dije, pues, que ántes de pensar en las locuras del amor, deberia hacerle en hacer su camino en el mundo; que era jóven, valiente, inteligente; que solo tenia que querer para conseguirlo todo. Le reconvenia maternalmente por su ociosidad, por su negligencia. Para mejor conseguir su objeto, le declaré con cierto aire de franqueza, que si llegaba á ser alguna cosa, tal vez mi padre le concederia mi mano; que entónces se sobrentendia que mi corazon iria en pós de ella.

« Al dia siguiente ántes de medio dia replicó por una epístola que era un volumen entero. Contesté á ella, lo confieso, sin haberla leído toda. Gaston me decia que con una sola palabra de esperanza partiria con valor á la conquista del mundo, que seria ministro, mariscal de Francia, rey, en una palabra, todo lo que hace la gloria y no la dicha aqui abajo. Yo le escribí que la dicha seguia á la gloria. Como nada tenia que hacer entónces, me dejé ir borroneando grandes pliegos de papel á mi primo, hallando entretenido dar consejos, yo que tenia diez y ocho años, á un hombre que tenia veintisiete.

« Durante ocho dias que aun permaneció en la mansion de mi padre, cambiamos, pues, algunas cartas. Esta correspondencia asidua habia acabado por fastidiarme; ademas se habia atrevido á hablarme con demasiada pasion. Era, pues, menester terminarla, no porque temiese un solo instante amar á Gaston, sino porque comprendia que me habia comprometido en una via peligrosa.

« Gaston tenia que arreglar algunos asuntos de familia á causa de la muerte de una tia, y partió con tristeza y como á su pesar: = Adios, Blanca, me dijo, besando mi mano, cuando vuelva seré digno de vos.

« Mi padre y yo lo acompañamos hasta el estremo de la avenida por donde pasaba la diligencia. Cuando la ví desaparecer experimenté un sacudimiento de alegría y de pesar. Estaba contenta de verme libre de un primo tan obstinado en su amor; y estaba triste porque sin duda un presentimiento me advertia que no lo veria mas.

« Poco tardé el olvidar el paseo, las cartas y el héroe de la novela. Vine á pasar el invierno en Paris y tal vez vos... »

Mme. de Verneuil miró tiernamente á su marido.

« Os acordais que nos vimos en casa de Mme. C.... Vos teniais la ventaja de no ser primo mio, ni el facsímile de un héroe de novela.

« Pero no es este el lugar apropiado para recordar los primeros capítulos de nuestro casamiento. Hace tres dias que sin acordarme casi del loco de mi primo, un criado se presentó en casa, y asegurándose de que estaba sola, me entregó una carta y dos llaves. Aunque no pensaba absolutamente en Gaston de Avrigny, reconocí al momento su letra y adiviné sin saber por qué que iba á saber alguna mala noticia.

« Yo sabia hacia algunos meses que Gaston, despues de haber emprendido sin buen éxito casi todas las profesiones, se habia alistado de soldado en el ejército de Africa, en el que ademas conocia al general Lamoriciere: Gaston era un hombre hecho para la guerra; la sola cualidad que le conocia era el valor; fué mortalmente herido en el campo de batalla en la última salida contra los árabes; pero esta carta, que podeis leer, acabará de esplicaros todo el secreto de mi presencia en esta alcoba. »

Diciendo estas palabras, Mme. de Verneuil presentó á su marido la última carta de Gaston.

Mr. de Verneuil cogió á la vez la carta y la mano de su muger. La condesa respiró, bajó la cabeza y se sonrojó de placer; despues de haber desdoblado la carta, Mr. de Verneuil la leyó en alta voz.

« Prima mia :

« Sin duda con vuestra felicidad habreis olvidado á ese pobre Gaston de Avrigny que tanto os ha amado, que os ha amado demasiado. Necesito decirlo, despues de mas de dos años que he vivido sin veros. Siempre he llevado en mi corazon esa locura encantadora y terrible que ha devorado mi vida. ¡ Ah! jamás habeis sabido el amor profundo que os profesaba. Todo lo he intentado para engañar á mi corazon. Sabia que aun me quedaba alguna fortuna, y la he despilfarrado en todos los engañosos placeres de la vida de Paris. Pero en medio de estas locuras guardaba vuestra imagen adorada como un pedazo de cielo que sonrie en medio de la tempestad. No pudiendo vencer mi corazon, no me quedaba otra cosa que morir. Ademas, debo confesarlo, porque es menester no ser charlatan, estaba casi arruinado y me sentia con valor para soportar el tedio de adquirir una fortuna. El

»snicidio es una cosa muy vulgar, y siempre hay lugar en un campo de batalla para un hombre de corazon. ¡Hay tantos que son amados, me decia, y van á morir en él cuando un corazon enternecido los llama á otra parte! Yo, que á nadie intereso, ¿por qué no iré á presentar mi pecho á la bala del árabe que va tal vez dirigida á herir un pobre jóven que ama la vida? Pronto adquiriré aqui la fama de un héroe. ¿No habéis visto mi nombre citado gloriosamente en el parte del general? En fin, el dia que esperaba llegó.

»Cuando leais esta carta ya habré muerto, con el solo pesar de no haber sido herido en el corazon. Nada os diré de mi agonía; á todo estaba resignado. Solo tengo una inquietud que voy á deciros. Ocho cartas me escribisteis en el dulce y triste otoño que pasé en casa de mi tio. Esas cartas me eran queridas, y siempre las he conservado como un tesoro. En mis horas mas sombrías las leia con un placer amargo que me encantaba. Cuando estaba derrochando mi fortuna, alquilé una casita de campo en Auteuil, donde pasé el año pasado entre una sociedad alegre; que era una reunion de socios como yo. Todos se divertian allí, ménos yo; pero aparentaba hacerlo. En un pequeño armario de madera de rosa que está en el fondo de la alcoba, habia ocultado las cartas; ¿os lo confesaré? Todos los billetes galantes que recibí en Auteuil, los eché por equivocacion dentro de aquel armario; perdóname esta profanacion. Cuando me puse en camino para Africa hácia el mes de noviembre estaba en Paris y no tuve tiempo de volver á Auteuil; dejé la llave de la casa á mi criado, mandándole que fuese algunas veces á cultivar el jardín para hacerle creer que volveria. Yo no volveria; ¿pero cómo entregaros las ocho cartas vuestras que están allí con tantas otras? Vos sola podeis reconocerlas.

»¿Quién sabe si podrian caer en manos indignas? Tengo acreedores é ignoro lo que sucederá cuando sepan mi muerte. Ved si teneis valor de ir vos misma á buscarlas. Sola os escribo á vos y á mi criado que os entregará las llaves. No tengo de vida mas que dos ó tres dias. El cirujano en jefe me ha dicho la verdad, pero no se sabrá al momento mi muerte en Paris, y teneis tiempo para ir á Auteuil. La casita de campo está desierta á la estremidad del bosque; la vereis pintada de blanco entre las cepas; la reconocereis por una puerta de hierro pintada de oscuro con flechas doradas. — Dubois os entregará las llaves de la casa; todas las demas están abiertas, si no me acuerdo mal; desgraciadamente no sé donde he puesto la llave del armario, tal vez la encontrareis sobre la chimenea; si no, no es difícil abrirlo, cualquiera llavecita le vendrá. — En fin, haced lo que podais, pero, por Dios, recoged vuestras cartas que están en muy mala compañía.

»Si siguiese mi parecer os escribiria hasta la hora de mi muerte; pero ¿qué os diria que no podais adivinar? Adios, pues, bella prima mia. Perdonadme que os vuelva á dar ese nombre tan dulce á mi corazon, pero en tanto que este palpita no dejará de amaros.»

Aquí Mr. de Verneuil arrugó la carta con despecho.

— ¿Es eso todo? preguntó Federico que no estaba aun curado de su amor á la ciencia.

— Sí, eso es todo, contestó secamente Mr. de Verneuil.

La condesa habia bajado la cabeza suspirando. Como fiel historiador reproducimos á continuacion las últimas líneas de la carta que el conde no queria leer en alta voz:

»Cuando vayais á la casita ya habré muerto. ¡Ah! si permitiera Dios á

«mi alma que fuese al mismo tiempo que vos... Esta es una idea fija... Espero la muerte con mas impaciencia que nunca...

«¡Adios, adios, adios! Hay en el jardin un rosal blanco, que el año pasado vi florecer pensando en vos, prima mia; por todo el amor que os he profesado, deshojad una de sus rosas pensando en mí.

Gaston de Avrigny.»

Federico conoció que Mr. de Verneuil no quería leer las últimas líneas de la carta; pero al levantarse para marcharse vió con una rápida ojeada estas palabras: *rosal blanco*.

= Ya estoy, dijo á la puerta despues de haber saludado al conde; ahora bien, Mme. de Verneuil cogió una rosa blanca.

Y recordando los temores, la agitacion, las lágrimas de la condesa, al coger y deshojar aquella rosa, añadió; ¿Quién sabe si ahora que ha muerto ella le amará?

Cuando Federico salió Mr. de Verneuil miró tristemente á su muger y le dijo:

= Blanca, ¿habeis cogido alguna rosa en el jardin?

= Nó, contestó ella, abrazando á su marido.

FIN.

VIDA NUEVA.

Hoy vuelve á empezar para el mundo una de aquellas eras periódicas cuya llegada escita tan diferentes sensaciones segun el punto de vista desde el cual la contemplamos. En la juventud la acabamos con júbilo, porque indica la disminucion entre el tiempo presente, y ese porvenir que la imaginacion pinta tan brillante; en la vejez es un amargo recuerdo de la dicha que *fué*, un nuevo paso hácia el desenlace de esa triste comedia humana, á que todos deseáramos, á pesar de su tristeza, agregar una *segunda parte* como si fuese *La Rueda de la Fortuna*, ó bien *La Corte del Buen Retiro*. En unos indica la llegada de la primera sonrisa de amor; en otros graba el surco de la primera arruga; para unos es la luna creciente y para otros la menguante.

Sea lo que fuere, de todas estas singularidades antitéticas, cuyo estudio abandonamos á psicólogos mas profundos que nosotros, lo cierto es que en esta época dichosa é infeliz, el mundo cambia ó desea cambiar de vida, como la culebra que muda todos los años su piel. No hay coqueta saciada de conquistas, ni usurero de doblones, ni cortesano de intrigas, que no se proponga observar de hoy en adelante *vida nueva*. Por lo que quedaba de año, no valia la pena de molestarse, y abjurar errores y picardías, y consagrarse á deberes y obligaciones, algo mas podia aguantar la conciencia; además que un poco mas de veneno no mata: eso sí, dando la última campanada que anuncie que debemos substituir al 4 pasado el 5 futuro que tantos misterios oculta, no hay remedio nos despojamos de la piel del año pasado, y emprendemos *vida nueva*.

Estas mismas reflexiones hacíamos nosotros los habitantes de las regiones

inferiores de la *Esperanza* en el último mes de nuestra existencia periodística correspondiente al año cuyos funerales presenciámos ayer. Nos habíamos propuesto desde el principio dar cada quince días una crónica teatral en que pudiésemos repartir equitativamente la honra y el vituperio según lo mereciese el candidato á los honores del proscenio. Tal era nuestra intención, intención que pertenecía por mas de un motivo, como lo prueba el resultado, á aquella con que, según dicen, se halla empedrado cierto lugar que no nombramos. Publicaba entónces nuestro folletín una novela que gustaba extraordinariamente á nuestros lectores, y no queríamos darles el mal rato de interrumpirla con nuestras observaciones pedagógicas. Además estaba al espirar el año, y por tan poco tiempo no habíamos de meternos en reformas. Pronto había de llegar el 1.º de enero y entónces, sí, estábamos resueltos á abandonar escrúpulos y á emprender *vida nueva*.

Fiados en este propósito dejamos hacer varias novedades dramáticas sin hacer caso de ellas. La *Segunda parte de la corte del Buen Retiro*, y varias otras piezas ménos importantes salieron á luz; emprendió Moriani la carrera que tantos aplausos le ha merecido; corrieron voces de extraordinarias contrataciones de nuevas compañías, y se habló nada ménos que de Rubini y de otros astros de la misma magnitud. Nosotros sumergidos en el silencio, seguíamos acumulando las vívoras de nuestra crítica y los himnos de nuestras alabanzas, para estallar como una bomba el 1.º de enero de 1845; pero ha llegado esta época, y tanto nuestro entusiasmo como nuestra indignación han tenido tiempo de calmarse. Ni la crítica, ni los encomios, son hoy oportunos pero ¡cuidado! ha dado en el reloj la hora fatal, y de hoy en adelante estamos decididos sobre todo en cuanto á crítica, á ser inexorables, á hacer *vida nueva*.

Sin embargo, y á pesar de la mansedumbre que nos inspiran las circunstancias, no queremos arrojar al fuego nuestro carcaj, sin usar siquiera de una de las flechas que guardábamos en él, y es la que destinábamos á un abuso de que todo el público se queja con nosotros. Somos tan partidarios como nuestros cólegas de la parte superior, de la libertad del tráfico, amplia y sin límites, de la libre concurrencia del trabajo y de la industria; no aprobamos monopolios, ni la nueva charlatanería que reciennace al mundo con el nombre tan pomposo como hueco de *organización del trabajo*; pero tampoco aprobamos el ejercicio de ciertas industrias que no son en resumidas cuentas mas que monopolios disfrazados. Quizás no esperarán nuestros lectores que tras un proemio con pretensiones de erudito bajemos simplemente á atacar los abusos de los revendedores de Innetas que infestan los alrededores de los teatros que mas concurrencia atraen. En el de la Cruz, sobre todo, este abuso ha llegado á ser insoportable. En manos de estos nuevos jugadores de bolsa *peripatéticos*, adquieren los billetes del teatro mas crédito que nuestros títulos del 3 por 100, que es el único papel español que en los mercados extranjeros no se emplea para envolver especias. Suben á precios exorbitantes; y solo los que han tenido fortuna en la otra bolsa pueden satisfacer el deseo algo costoso de oír á Moriani. Insistimos sobre este punto, porque suele suceder á veces, tanto en simples billetes de teatro, como en títulos de toda clase, que el vendedor no tiene nada que ver con el precio exagerado y el *movimiento de alza*, como se dice en jerga barsatíl, viene de mas arriba. No es probable que un revendedor de billetes esponga su modesto capital á las oscilaciones de los caprichos del público, sin tener guardadas las espaldas aunque no por esto queremos decir que así suceda en la Cruz. Sin embargo, se

puede llegar á creer, y por tanto seria conveniente que sobre este punto se haga también *vida nueva*.

De hoy en adelante consagraremos, como hemos indicado, cada quince dias un folletin á criticas teatrales y literarias. En los intervalos insertaremos novelas escogidas que hemos hecho traducir del ingles, y que reúnen al interes dramático, la mas sana y pura moral; apartándonos por este medio de esas monstruosidades literarias, tan despreciables como obras artisticas, como peligrosas bajo el punto de vista de los principios corruptores que esparcen y que tan en moio están. Lamentando como lamentamos la fatalidad que impulsa á alguno de nuestros periódicos á conaturalizar en sus columnas estas tristes producciones de una literatura que ha abjurado sus nobles instintos poéticos, para buscar el oro, y que, abandonando la lira, ha empuñado la vara del tendero, haremos cuantos esfuerzos estén á nuestros alcances para oponerlos al torrente devastador de sus aguas pestíferas; haciendo ver que sin apelar á pasiones bajas, ni á escenas inmundas, se puede interesar al lector, y dar un pasto sano y nutritivo á su inteligencia con ingeniosas ficciones como las de los novelistas ingleses.

Por fin revisaremos nuestra crítica periódica con language inteligible y claro, huyendo de esa fraseología ridícula y pomposa que con tan buen éxito están trasplantando á nuestra lengua los que no leen absolutamente mas que folletines franceses. Muchas veces nos hemos sonreido al ver la singular aplicacion que han hecho de voces francesas á frases castellanas, y la buena fe con que han copiado cosas que indudablemente no entendian. Si se trata de una ópera nueva, consultan un folletin de Berlioz en el *Diario de los Debates*, y luego nos hablan de la *filosofía de la instrumentacion*. Lo que extrañamos es que se detengan en tan facil camino, y no descubran *teología* en los recitativos, y *secciones cónicas* en los tercetos. Esta pueril afectacion pegaria mal en un periódico de esta clase, que debe ser español ántes de todo hasta en el lenguaje.

No creemos por último que nuestros lectores se quejen jamas de que háyamos pensado en reformar nuestros errores y hayamos emprendido *vida nueva*.

(La Esperanza.)



F. Guasp editor.—Imprenta nacional.